

Dimensión sacrificial de la muerte de Cristo en los escritos de San Fulgencio de Ruspe

Hablar del sacrificio de la Cruz y de sus múltiples implicaciones en el Sacerdocio de Cristo pudiera contribuir, de alguna forma, a poner un poco de claridad en la compleja y enmarañada problemática que hoy se debate, con apasionado hervor, en torno al Sacerdocio y al ministerio sacerdotal. Esto bastaría por sí solo para justificar un estudio sobre el sacrificio ofrecido por Cristo en el Calvario. La realidad del sacrificio y, consiguientemente, del Sacerdocio de Cristo necesariamente habrá de proyectar luz sobre la naturaleza del Sacerdocio católico.

Pero si esto no fuese suficiente como para dar actualidad al tema del sacrificio de la Cruz, escritos recientes, más o menos confusos, y orientaciones precisas de la Iglesia sobre el particular¹ han venido a poner sobre el candelero estas cuestiones relativas a la dimensión sacrificial de la muerte de Cristo.

Y abordar estos temas a la luz que dimana de las enseñanzas de los Santos Padres de la Iglesia equivale a dar al tema un máximo de interés. En este clima ecuménico en que nos movemos, volver los ojos a los SS. Padres, a "ese pasado común de todos los cristianos"², es fijar un punto de partida para un diá-

¹ Nos referimos, sobre todo, al *Nuevo Catecismo (Holandés) para adultos* (Barcelona 1969) y a la *Declaración de la Comisión Cardenalicia sobre el "Nuevo Catecismo"*, que dice literalmente: "Es necesario declarar manifiestamente que Jesús se ofreció a su Padre para reparar nuestros delitos, como una víctima santa, en la cual el Padre se complació. Cristo, en efecto, "nos amó y se entregó por nosotros a Dios en oblación y víctima de suave fragancia" (Ef 5,2): A.A.S. 60 (1968) p. 688 s. Cf. *Suplemento al Nuevo Catecismo para Adultos* (Barcelona 1969) p. 28.

² JOSEPH RATZINGER, *Die Bedeutung der Väter für Gegenwärtige Theologie*: Tübinger Theologische Quartalschrift 148 (1968) p. 257-282. Véa-

logo esperanzador y poner un basamento firme e indiscutible a las conclusiones del mismo.

Teniendo esto presente y siguiendo las directrices claras y terminantes del Concilio Vaticano II³, nos hemos impuesto la tarea de estudiar la realidad del sacrificio de Cristo y su valor salvífico en los escritos de S. Fulgencio de Ruspe († 532, según unos; † 527, según otros⁴). La figura de S. Fulgencio tiene un relieve demasiado acusado como para que necesite de presentación. Conocer la doctrina de este esclarecido discípulo —aunque a un siglo de distancia— de S. Agustín, que recoge, asimila y sintetiza las enseñanzas de su maestro, equivale a penetrar, con garantía de éxito, en el meollo del más estricto agustinismo y recoger la rica herencia que nos legara la escuela teológica del Norte de Africa, e incluso a adentrarse, en términos generales, en el más genuino pensamiento patrístico.

Pero enjuiciar la doctrina sobre el sacrificio del Calvario desde el ángulo de vista fulgenciano reviste otra ventaja, digna de tenerse en cuenta. Como tendremos ocasión de observar en el decurso de este trabajo, el Obispo de Ruspe cita constantemente la Sagrada Escritura; sus escritos están tan entramados de textos bíblicos, que, descartados éstos, apenas si se podría formular un pensamiento del Santo. Conocer, pues, las enseñanzas de S. Fulgencio relativas al sacrificio de Cristo es tener constantemente ante los ojos ese conjunto de textos escriturísticos en los que aflora y se refleja esta doctrina; es, en definitiva, formular la doctrina sobre el sacrificio de la Cruz con la sencillez y el primitivismo de las frases bíblicas. Y a nadie se le oculta que este aspecto reviste singular importancia en la hora presente, en la que el Concilio Vaticano II nos vino a recordar que “el estudio del texto sagrado ha de ser como el alma de la S. Teología”⁵.

* * *

se: J. RATZINGER, *Significado de los Padres para la Teología actual: Seleccionces de Teología*, n. 31 (1969) p. 265-273. Véase igualmente: IGNACIO OÑATIBIA, *Introducción al estudio de la Doctrina de los Santos Padres sobre el Ministerio Sagrado: Teología del Sacerdocio I* (Burgos 1969) p. 96.

³ CONCILIO VATICANO II, Const. *Dei Verbum*, cap. VI, 23.

⁴ Véase: J. FRAIPONT, *Sancti Fulgentii Episcopi Ruspensis Opera: Corpus Christianorum, Series Latina* (Turnholti 1968) V, 91, p. V, nota 1. H. J. DIESNER, *Fulgentius von Ruspe als Theologe und Kirchenpolitiker* (Berlín 1966) p. 5-6.

⁵ CONCILIO VATICANO II, Const. *Dei Verbum*, cap. VI, 24.

Para conocer exhaustivamente el pensamiento fulgenciano sobre el sacrificio de Cristo, sería indispensable anteponer algo así como un resumen de la doctrina del Santo en torno al Sacerdote de Cristo. Pero los estrechos límites de espacio a que se debe ajustar este trabajo nos obligan a prescindir de tan interesante como sabroso estudio, viéndonos, por lo tanto, forzados a concretarnos al del sacrificio de Cristo en la Cruz exclusivamente.

Cristo, verdadero Sacerdote y Pontífice del N. T., es, al mismo tiempo, la víctima del sacrificio. Como Sacerdote debía ofrecer a Dios una víctima propiciatoria, que le fuese plenamente agradable. Pero no encontró otra, digna de Dios, que la de su propia carne, la de su propio cuerpo: "ut vere pro nobis offerret sacrificium mundum, nihil aliud obtulit quam se ipsum"⁶. Por eso mismo se ofreci ó a Sí mismo, inmolándose por nosotros en el ara de la Cruz. Cristo es, al mismo tiempo, sacerdote y víctima. El es el verdadero Sacerdote, como tantas veces afirma S. Fulgencio, y el verdadero y único sacrificio del N. T. San Fulgencio nos lo pone de manifiesto ininidad de veces, destacando los múltiples aspectos de este sacrificio, que nosotros procuraremos analizar, ordenar y sistematizar a fin de ofrecer a nuestros lectores un "conspectus" de la doctrina de nuestro Obispo con los elementos que él fue dejando caer de su pluma acá y allá, a través de sus escritos.

I. SACRIFICIO PREFIGURADO EN EL A. TESTAMENTO

San Fulgencio afirma con insistencia que los sacrificios viejotestamentarios contenían una promesa —"Christus passurus promittebatur"⁷— y eran una figura de Cristo, que padece por nosotros para quitar el pecado del mundo —"in quibus omnibus fuit significatio Christi"⁸—.

Pero S. Fulgencio va concretando más su pensamiento. No sólo significaban y prefiguraban a Cristo; significaban, en con-

⁶ *Contra Fabianum*. Fragmentum VI: CCSL 91 A, 775,20=PL 65,759. Nota: Citaremos siempre, en primer lugar, *Corpus Christianorum, Series Latina*, con las siglas CCSL. A continuación, el Vol. 91 ó 91 A. Seguidamente, la página y la línea. Inmediatamente, y unido a lo anterior con el signo de igualdad (=), citaremos el *Patrologiae Cursus Completus, Series Latina*, de J. P. MIGNE, con su Vol. y columna.

⁷ *Epistola XIV*. Q. V^a, 44: CCSL 91, 439, 1822=PL 65, 432.

⁸ *De Fide ad Petrum* 69 (XXVI): CCSL 91 A, 753, 1245=PL 65, 701.

creto, el sacrificio que había de ofrecer Jesús, con lo que afirma, al mismo tiempo, siquiera de una forma indirecta, la realidad del sacrificio del Calvario. Veamos sus palabras:

Nam in sacrificiis carnalium victimarum, quae sibi ipsa sancta Trinitas... a patribus nostris praecipiebat offerri, illius sacrificii significabatur gratissimum munus, quo pro nobis seipsum solus Deus Filius secundum carnem esset misericorditer oblaturus⁹.

Si todos los sacrificios viejotestamentarios y, concretamente, los de víctimas animales prefiguraban el sacrificio de Cristo, había uno, de entre estos últimos, que lo prefiguraba de una forma especial: el de la sangre de animales que todos los años el Sumo Pontífice derramaba en el Sancta Sanctorum¹⁰.

Esta es, pues, la nota característica de los sacrificios de la antigua Ley: el ser prefiguraciones, promesas, prenuncios del sacrificio de Cristo y del sacrificio de la Iglesia. Y con esto el Obispo de Ruspe, como hemos insinuado, de una forma indirecta va afirmando la realidad del sacrificio ofrecido por Cristo en el Calvario.

2. REALIDAD DEL SACRIFICIO DE CRISTO

Casi siempre que S. Fulgencio afirma la realidad del sacrificio de Cristo, pone de relieve, al mismo tiempo, que Cristo es la víctima inmolada, valiéndose, muchas veces, al menos, para significarlo de las palabras de S. Pablo en su carta a los de Efeso:

Et obtulit semetipsum pro nobis, *oblationem et hostiam Deo in odorem suavitatis* (Eph 5,2)¹¹.

Este texto paulino es tan del agrado del Obispo de Ruspe, que apenas sabrá afirmar la realidad del sacrificio de la Cruz sin transcribirlo, de forma más o menos literal, o sin hacer alusión a él. En la respuesta a Scarila, destaca la relación entre el sacerdocio y el sacrificio y la relación de ambos con la redención del género humano.

Talis autem erat iste Pontifex ut ad reconciliationem humani

⁹ *De Fide ad Petrum* 22 (II): CCSL 91 A, 726, 438=PL 65, 684.

¹⁰ *De Fide ad Petrum* 22 (II): CCSL 91 A, 726, 447=PL 65, 684.

¹¹ *Contra Fabianum*. Fragmentum XXX: CCSL 91 A, 825, 44 s.=PL 65, 799.

generis semetipsum pro nobis offerret oblationem et hostiam Deo in odorem suavitatis¹².

La realidad del sacrificio de Cristo es objeto de fe; por eso S. Fulgencio en sus celebérrimas reglas del tratado *De Fide ad Petrum* dice:

Firmissime tene et nullatenus dubites ipsum Unigenitum Deum Verbum carnem factum, se pro nobis obtulisse sacrificium et hostiam Deo in odorem suavitatis¹³.

Destacando la relación entre sacerdocio y sacrificio, afirma claramente que Cristo es sacerdote precisamente porque se ofreció a Sí mismo en sacrificio por nosotros, apostillando que es ésta una doctrina genuinamente paulina.

qui propterea verus est Sacerdos, quia semetipsum veram pro nobis hostiam obtulit. Quod apostolus indubitanter affirmat, dicens: *Estote ergo imitatores Dei, sicut et filii carissimi; et ambulate in dilectione, sicut et Christus dilexit nos, et obtulit semetipsum pro nobis oblationem et hostiam Deo in odorem suavitatis* (Eph 5,1-2)¹⁴.

San Fulgencio, valiéndose de las palabras de S. Pablo (2 Cor 5,21), afirma que Cristo "fue hecho pecado". Pero ¿qué significa para el Obispo de Ruspe "*ser hecho pecado*"? La respuesta de nuestro Obispo es clara y tajante: ser hecho pecado es lo mismo que hacerse sacrificio por los pecados.

qui (Cristo)... peccatum pro nobis factus est, id est sacrificium pro peccatis nostris¹⁵.

Y al formular esta afirmación categórica, S. Fulgencio pretende apoyarse en la doctrina del Antiguo Testamento: "En el Antiguo Testamento se llamaban pecados los sacrificios que se ofrecían por los pecados"¹⁶. Y esta interpretación fulgenciana del texto paulino parece que está ganando adeptos entre los autores modernos, como L. Sabourin¹⁷.

¹² *De Incarnatione* 14: CCSL 91, 324, 383 s.=PL 65, 581.

¹³ *De Fide ad Petrum* 62 (XIX): CCSL 91 A, 750, 1148=PL 65, 699.

¹⁴ *Epistola XIV*, Q. IV, 37: CCSL 91, 431, 1536=PL 65, 426.

¹⁵ *De Fide ad Petrum* 69 (XXVI): CCSL 91 A, 753, 1242=PL 65, 701.

¹⁶ *De Fide ad Petrum* 69 (XXVI): CCSL 91 A, 753, 1244=PL 65, 701.

¹⁷ L. SABOURIN, S.J., *Redemption Sacrificielle* (Bruges 1961) p. 65. (La traducción española está editada por Desclée de Brouwer (Bilbao).)

La aludida exégesis fulgenciana del mencionado texto paulino no es la única en las obras del Santo. Nos la vuelve a ofrecer en su famosa Carta XVII. Bien vale la pena de que reparemos en ella, ya que, al mismo tiempo que nos brinda la interpretación del pasaje del Apóstol, afirma categóricamente la realidad del sacrificio ofrecido por Cristo.

*solus homo sine adiutorio inter mortos liber (Ps 87,5), solus qui non noverat peccatum (2 Cor 5,21), et ob hoc sufficit ut pro nobis peccatum fieret, id est sacrificium pro peccatis ut nos essemus iustitia Dei in ipso (Ib.)*¹⁸.

Reparó en este texto fulgenciano, hace unas cuantas décadas, Hipólito Gallerand¹⁹, quien, pretendiendo darnos una versión del mismo, incurrió en el error de traducir "peccatum" por "pecador", para terminar ofreciéndonos una interpretación equivocada del pensamiento del Obispo de Ruspe²⁰. Pocos años más tarde, J. Riviere²¹ volvía a ocuparse del mismo pasaje, y su estudio culminó en la refutación de los puntos de vista de Gallerand-Turmel, con lo que pudo brindarnos una traducción correcta y razonada del mismo y el esclarecimiento de todo el contenido doctrina del texto antes transcrito²².

San Fulgencio con las citadas palabras quiere poner de relieve la inocencia de Cristo, lo mismo que en el pasaje anterior,

¹⁸ *Epístola XVII 26 (XIII): CCSL 91 A, 584, 753 s.=PL 65, 468.*

¹⁹ H. GALLERAND, *La Redemption dans L'Eglise Latine d'Augustin a Anselme: Revue de l'Histoire des Religions* 91 (1925) p. 35-76. Sabemos, si bien se discutió por largo tiempo, que Hipólito Gallerand es un seudónimo con el que se ocultaba la persona de M. J. Turmel, que, según se dice en la condenación hecha por el Sto. Oficio en 1930, entre otros muchos seudónimos, se valió también de éste. (Véase: AAS (1930) p. 518.)

²⁰ H. GALLERAND, en la p. 61 del mencionado artículo, traduce así las palabras de S. Fulgencio: "il lui a suffi de devenir pécheur lui même". Esta traducción es, sin duda, fruto de sus prejuicios sobre la redención de Cristo. Bástenos decir que el mismo Gallerand, liberándose por unos instantes de su teoría sobre la justicia de Dios en la muerte de Cristo, en la página 62 del mismo artículo nos brinda una traducción correcta del pasaje fulgenciano, diciendo: "Devient péché pour nous."

²¹ J. RIVIERE, *Le Dogme de la Redemption après saint Augustin* (Paris 1930).

²² J. RIVIERE, en la p. 122 de la citada obra, después de advertir que "peccatum" no puede traducirse por "pecador", (pécheur), como lo hiciera Gallerand, dice que el "sufficit" de nuestro Santo no puede traducirse tampoco por "il lui a suffi". Hay que traducirlo, agrega, de un modo personal: "il a suffi pour". Por lo tanto, el "sufficit" habría que traducirlo por esta expresión: "ha sido capaz de" —"il a été susceptible de"—. Advierte, no obstante, Riviere que esta traducción se impone, más que por las palabras en sí, por todo el contexto fulgenciano.

para afirmar que nuestro Redentor, precisamente porque era inocente, "fue capaz de ser hecho pecado por nosotros, es decir, víctima por nuestros pecados". Como afirmará en otro pasaje, Cristo, precisamente "porque no tuvo pecados propios, se dignó llevar los ajenos"²³.

Nos hallamos, pues, ante dos afirmaciones gemelas de nuestro Obispo: Cristo fue hecho pecado; y ante dos interpretaciones idénticas: fue hecho víctima, sacrificio por nuestros pecados. Y esto, por su condición de inocente, de único inocente, de único que no conoció pecados propios, que no conoció pecado. Cristo, pues, fue ofrecido en sacrificio a Dios "para que nosotros alcanzásemos en El la justicia de Dios". De esta forma muestra claramente la realidad del sacrificio de Cristo y el fruto del mismo. No vamos, pues, a insistir. San Fulgencio afirma con claridad que Cristo se ofreció al eterno Padre como verdadero sacrificio, realizando así, dando cumplimiento a las figuras viejo-testamentarias.

3. EL SACRIFICIO DE CRISTO FUE OFRECIDO EN EL MOMENTO DE SU MUERTE

San Fulgencio alguna vez se limita a decir que Cristo "se dignó hacerse víctima por nosotros"²⁴, sin precisar el momento de la vida de Cristo en que se realizó esa victimación, como hemos podido comprobar en muchos de los textos citados anteriormente. No obstante, otras veces declara que el sacrificio se verificó en el momento de la muerte de Cristo. Y esto lo afirma ya en sus primeras obras, como cuando le dice al Rey Trasamundo:

et hostia factus est (Cristo) dum passionem ipse suscepit²⁵.

Pero ¿qué significa para el Obispo de Ruspe la palabra "pasión"? Parece indicar el momento de la muerte, del sufrimiento en la cruz, sobre todo si nos atenemos a la palabra en sí. Pero, teniendo ante los ojos todo el contexto, bien pudiera ser susceptible de otra interpretación. He aquí el texto íntegro, que pudiera

²³ *Ad Trasamundum* III, XXIX: CCSL 91, 174, 1100=PL 65, 293.

²⁴ *Epistola XIV*, Q. IV^a, 36: CCSL 91, 429, 1475=PL 65, 424.

²⁵ *Ad Trasamundum* III, XXX: CCSL 91, 175, 1169=PL 65, 294.

ayudarnos en esta búsqueda del significado de la palabra "pasión":

Idem homo Christus est, qui pro nobis et pontifex factus est dum semetipsum passioni obtulit et hostia factus est dum passionem ipse suscepit²⁶.

El paralelismo entre "obtulit", por un lado, y "suscepit", por otro, parece indicar que Cristo fue hecho Sacerdote y víctima al mismo tiempo. Pero S. Fulgencio afirma que Cristo fue hecho Sacerdote en el momento de la Encarnación, como se evidencia por estas palabras: "formam servi accipiens (Cristo), sacerdos factus est"²⁷. El "obtulit", por lo tanto, bien pudiera entenderse como referido a un ofrecimiento hecho inicialmente en el mismo momento de entrar en el mundo, en el momento en que tomó carne humana, capaz de sufrir y entregarse a la pasión. Tal vez esto estuviera más en consonancia incluso con el contexto, en el que se dice que Cristo tomó nuestras enfermedades, lo que realizó, no sólo al morir, sino también al nacer y tomar cuerpo humano. Y si el "obtulit passioni" puede entenderse del momento de la Encarnación, también el "passionem suscepit" podría interpretarse de la capacidad de padecer más que del sufrimiento y del dolor actual. Y puesto que Cristo se hizo pasible, capaz de soportar el dolor y la muerte en el mismo momento de la Encarnación, tendríamos que Cristo se ofreció a Sí mismo en sacrificio en el momento de tomar carne humana.

No obstante, si miramos al conjunto de la doctrina del Obispo de Ruspe sobre el momento del ofrecimiento del sacrificio, aun reconociendo la probabilidad de esta segunda interpretación, creemos que las palabras indicadas deberán entenderse como referidas al momento de la pasión y de la muerte. Fue entonces cuando Cristo se convirtió, con todo rigor, en hostia y víctima por los hombres y cuando plenamente realizó su ministerio sacerdotal. Parece, pues, distinguir S. Fulgencio dos como momentos de la consagración sacerdotal de Cristo: uno inicial, en la Encarnación, en el que, en definitiva, queda constituido realmente, ónticamente, Sacerdote; otro, de plenitud sacerdotal, de actuación clara y característica, es decir, en el momento de su pasión y muerte, cuando ejerce plenamente su Sacerdocio, ofreciéndose a Sí mismo en sacrificio al eterno Padre. Actuación plena del Sacerdocio

²⁶ *Ad Trasamundum III*, XXX: CCSL 91, 175, 1968 s.=PL 65, 294.

²⁷ *Epistola XIV*, Q. IV^a, 37: CCSL 91, 430, 1494 s.=PL 65, 425.

de Cristo y realidad también plena del sacrificio del Redentor, que tienen lugar en el momento de la muerte de Cristo.

En la Carta XIV pone S. Fulgencio una clara simultaneidad entre el morir y el ofrecer sacrificio: muere ofreciéndose en sacrificio:

pro impiis mortuus est offerens semetipsum pro nobis (sicut apostolus dicit) *oblationem et hostiam Deo in odorem suavitatis* (Ehp 5,2)²⁸.

Es claro, pues, que Cristo ofreció el sacrificio de su vida en el momento de morir. La frase es, ciertamente, asertiva, no exclusiva. Pero el conjunto de la doctrina fulgenciana puede convertirla fácilmente en exclusiva, dado que no se encuentran otras afirmaciones que reclamen un sacrificio ofrecido por Cristo durante su vida, independientemente del momento de su muerte.

Para S. Fulgencio el sacrificio de Cristo está teñido con el rojo de su sangre. Por lo tanto, la misma significación sacrificial encierra el decir que derramó su sangre en sacrificio por nosotros que decir que murió o entregó su cuerpo por los hombres. La idea de sacrificio, en efecto, está empapada en sangre. Pero Cristo derramó su sangre en el momento de su muerte. De ahí que todas aquellas afirmaciones en las que S. Fulgencio alude al derramamiento de la sangre de Jesús, del Cordero inocente, están manifestando que el sacrificio se verificó en el momento de la muerte.

Y el Obispo de Ruspe refleja claramente la realidad del sacrificio de Cristo con la efusión de la sangre, por ejemplo, cuando, valiéndose de las palabras del autor de la Carta a los Hebreos, dice:

Ipse verus Deus et verus Pontifex qui pro nobis *non in sanguine taurorum et hircorum, sed in sanguine suo semel introivit in sancta* (Heb 9,12)²⁹.

La realidad del sacrificio de la Cruz se evidencia por el contraste que establece con los sacrificios de toros y machos cabríos del

²⁸ *Epistola XVII*, 33 (XVI): CCSL 91 A, 588, 895 s.=PL 65, 471.

²⁹ *De Fide ad Petrum* 22 (II): CCSL 91 A, 726, 445 s.=PL 65, 682. Cf. *Epistola XIV*, Q. IV^a, 36: CCSL 91, 429, 1467 s.=PL 65, 424. Nota: En el texto *De Fide ad Petrum* las palabras del Obispo de Ruspe no coinciden con las de la Vulgata, como no coinciden en otras muchas ocasiones. Como es sabido, nos ofrece el llamado "texto mezclado", en el que se amalgaman elementos del "texto africano primitivo", del "texto

Antiguo Testamento. Y ese sacrificio de Cristo se hace con derramamiento de sangre, derramamiento que se verificó en el momento de su muerte. Muriendo, pues, Cristo ofreció el sacrificio, en virtud del cual pudo entrar en el Sancta, como lo hacía el Sumo Sacerdote después de rociar el altar con sangre de animales.

Contrapone este esclarecido discípulo de S. Agustín el sacrificio de Cristo con los sacrificios del A. Testamento; pero lo contrapone igualmente con el que, en el N. Testamento, ofrece la Iglesia. Y éste no es más que la conmemoración de la sangre derramada por Cristo:

in isto autem sacrificio (el que ofrece la Iglesia), gratiarum actio atque commemoratio est carnis Christi quam pro nobis obtulit et sanguinis quem pro nobis idem Deus effudit³⁰.

Esa efusión de la sangre de Cristo es un verdadero sacrificio, como aparece claro por la contraposición con el sacrificio de la Iglesia y por el hecho de hallarse en parangón con la oblación de la carne, que tiene auténtico sentido sacrificial. Pero como quiera que Cristo derramó su sangre al morir, al morir, volvemos a repetir, fue cuando ofreció el sacrificio de su carne y de su sangre.

Pudiera sospechar alguno que, tal vez, aquí se trate del sacrificio de la carne y de la sangre de Cristo ofrecido en la Cena. En primer lugar, esto no supondría dificultad alguna, ya que están íntimamente unidos entre sí el sacrificio de la Cena y el sacrificio de la Cruz; en definitiva, se trataría de un sacrificio ofrecido al final de la vida de Jesús, en un ambiente de pasión y muerte. Pero en segundo lugar, no nos parece probable que hable aquí S. Fulgencio del sacrificio incruento de la Cena. Como veremos al final de este trabajo, la realidad del sacrificio en la Cena no se presenta con nitidez en la doctrina de S. Fulgencio, mientras que el sacrificio de la Cruz tiene un puesto relevante en los escritos del Obispo de Ruspe.

Podemos, pues, concluir que, como se patentiza por cuanto dejamos dicho, el sacrificio de Cristo tiene plena realización en

italiano", de textos más o menos modificados, sobre todo por S. Agustín, e incluso de la misma Vulgata, que cita explícitamente varias veces, y de otras versiones de S. Jerónimo. Véase a este respecto DOM BRUYNE, *Les fragments de Freising* (Roma 1921).

³⁰ *De Fide ad Petrum* 62 (XIX): CCSL 91 A, 750, 1160 s.=PL 65, 699.

el momento de la muerte en la Cruz. Huelga, por lo tanto, según creemos, aducir todos aquellos textos en que nuestro Obispo afirma que Cristo nos reconcilió con Dios por su muerte³¹.

4. LA VÍCTIMA OFRECIDA ES EL MISMO CRISTO

De todo cuanto queda expuesto aparece manifiesto que la víctima ofrecida por Cristo es El mismo. En El se aúnan, de forma misteriosa, la condición de Sacerdote y víctima al mismo tiempo. San Fulgencio lo evidencia cuando escribe:

Sed hoc secundum mysterium Incarnataionis recte accipitur, quo pro nobis et pontifex et sacrificium factus Dei Filius invenitur³².

En absoluto, estas dos realidades podrían darse en Cristo independientemente la una de la otra, como si, por ejemplo, Cristo ejerciese su Sacerdocio durante la vida y dejase de ser Sacerdote a la hora de su muerte para convertirse entonces en víctima. Pero no; Cristo es siempre Sacerdote, y como tal Sacerdote actúa en el momento en que El es inmolado en la Cruz. Cristo es quien, por una parte, ofrece y quien, por otra, es ofrecido o inmolado. Cristo, como Sacerdote de la Nueva Alianza, se ofrece a Sí mismo en sacrificio por la salvación del mundo.

Se ipsum ille verus Pontifex sacrificium in odorum suavitatis obtulit³³.

Cristo, nos dirá S. Fulgencio, vino al mundo “para hacer la reconciliación del género humano”³⁴; y para conseguirlo, tuvo que ofrecerse a Sí mismo. Nada, fuera de El, pudo subir al Cielo “in odorem suavitatis”; nada podía ser agradable a Dios. Por eso se ofreció a Sí mismo, como hemos dicho al principio, con palabras de nuestro Obispo³⁵. Cristo no es, pues, solamente verdadero Sacerdote, en sentido estricto; encierra en Sí mismo la condición de verdadera víctima.

³¹ *Epistola XIV*, Q. IV^a, 36: CCSL 91, 429, 1474=PL 65, 424.

³² *Contra Fabianum*. Fragmentum XXXIV: CCSL 91 A, 844, 322=PL 65, 814.

³³ *Sermo VI. De Epiphania Domini* 4: CCSL 91 A, 927, 75=A. MAI, *Nova Patrum Bibliotheca* I (Romae 1852) p. 498.

³⁴ *De Incarnatione* 14: CCSL 91, 324, 283=PL 65, 581.

³⁵ Cf. supra, p. 461, nota 6.

semetipsum veram pro nobis hostiam obtulit³⁶.

De una forma más gráfica, si se quiere, afirma, valiéndose de las palabras del autor de la Carta a los Hebreos, esta misma realidad de la condición de Sacerdote y víctima que se halla en Cristo, cuando escribe:

qui per proprium sanguinem semel introivit in sancta (Heb 9,12)³⁷.

Otros muchos textos quedan ya citados en los apartados anteriores, como cuando dice: “offerens semetipsum”; “semetipsum in passione obtulit”; “se pro nobis obtulisse sacrificium et hostiam”. Cristo, pues, es Sacerdote y víctima al mismo tiempo. Pero preciso será recalcar que Cristo es precisamente Sacerdote porque se ofreció a Sí mismo en sacrificio, de donde fluye la íntima relación entre Sacerdocio y sacrificio.

*qui propterea verus est Sacerdos, quia semetipsum veram pro nobis hostiam obtulit*³⁸.

5. CRISTO ES LA VÍCTIMA DEL SACRIFICIO DE LA CRUZ EN CUANTO QUE ES HOMBRE

Retengamos por unos instantes una de las últimas frases transcritas. Con palabras del autor de la Carta a los Hebreos nos decía S. Fulgencio: “Cristo entró en el Santa mediante el derramamiento de su sangre.” Poco antes habíamos citado otra frase que incide en la misma temática: “En este sacrificio (el de la Iglesia) se hace conmemoración de la carne de Cristo que ofreció por nosotros y de la sangre que el mismo Dios derramó por nosotros”³⁹. La víctima ofrecida en el Calvario es, pues, Cristo, no en cuanto Dios, sino en cuanto hombre. En cuanto Dios, no tiene carne ni sangre que puedan ser ofrecidas. La realidad del sacrificio redentor presupone, por lo tanto, la carne humana. Esta doctrina se refleja, de una forma clara, en los

³⁶ *Epistola XIV, Q. IV^a, 37: CCSL 91, 431, 1537 s.=PL 65, 425.*

³⁷ *Epistola XIV, Q. IV^a, 36: CCSL 91, 429, 1467 s.=PL 65, 424.*

³⁸ *Epistola XIV, Q. IV^a, 37: CCSL 91, 431, 1536 s.=PL 65, 426.*

³⁹ *De Fide ad Petrum 22 (II): CCSL 91 A, 750, 1660 s.=PL 65, 699.*

textos expresados; pero la expone nuestro Obispo más reiteradamente en uno de sus últimos escritos.

Qui (Cristo) utique veram hostiam non offerret, si carnis in eo veritas non fuisset ⁴⁰.

Fijémonos en la fuerza de las palabras. Lo que le interesa en estos momentos es probar la realidad de la carne humana. No pretende, pues, demostrar la existencia del sacrificio de la Cruz. Esta la presupone. Y, partiendo de este presupuesto incuestionable, incluso para sus objetantes, concluye, como consecuencia natural, la realidad de la carne humana de Cristo. Es claro que el sacrificio de Cristo tiene una dimensión humana. Es la humanidad de Cristo, no su divinidad, la que es ofrecida en sacrificio.

Y partiendo, poco antes, de la realidad del sacrificio eucarístico, llega a la misma conclusión:

Nec tamen a nobis offerri hostia potuisset, si Christus pro nobis factus hostia non fuisset, in quo natura nostri generis, vera est hostia salutaris ⁴¹.

Para que nosotros pudiésemos ofrecer un sacrificio, fue necesario que Cristo se hiciese hostia. "Hacerse hostia" puede tener un doble sentido. Puede entenderse del hecho de hacerse hombre, destinado a ser hostia, víctima. Inmediatamente antes, en efecto, S. Fulgencio había hablado de la Encarnación. Puede entenderse del hecho mismo de la inmolación o victimación en el Calvario, por la que la humanidad de Cristo se convirtió en víctima propiamente dicha del sacrificio de la Cruz. En cualquiera de las dos interpretaciones —tal vez la primera esté más en consonancia con las aserciones siguientes— aparece clara y vigorosa la argumentación de nuestro Obispo. El presupone, claro está, que en el N. Testamento no tenemos más que un único sacrificio: el de Cristo. El nuestro, el de la Iglesia, es conmemoración del de Cristo, como acabamos de ver. La conmemoración presupone la realidad que se conmemora. De aquí concluye que el sacrificio de la Iglesia presupone el sacrificio de Cristo, que Cristo posee la condición de víctima, de hostia; y esa condición de víctima estriba en la realidad de su naturaleza humana, que es de nuestra propia raza. De aquí que pueda afirmar que, de alguna for-

⁴⁰ *Epistola XIV*, Q. IV^a, 37: CCSL 91, 431, 1541 s.=PL 65, 426.

⁴¹ *Epistola XIV*, Q. IV^a, 37: CCSL 91, 430, 1497 s.=PL 65, 425.

ma, nuestra propia naturaleza es la víctima del sacrificio de salvación.

Por encima de todo este entramado de frases fulgencianas flota la idea clara de que Cristo es nuestra víctima precisamente porque es hombre, porque posee una naturaleza humana como la nuestra.

De tal forma identifica S. Fulgencio la realidad de la hostia de la redención con la carne de Cristo, con su naturaleza humana, que para decir que Cristo mostró a sus discípulos después de la resurrección la realidad de su carne, afirma que les patentizó la realidad de la hostia de su carne:

Huius hostiae veritatem postquam a mortuis resurrexit, ipse summus Sacerdos discipulis suis ostendit et contrectandam obtulit, dicens: *Palpate et videte quia spiritus carnem et ossa non habent, sicut me videtis habere* (Luc 24,39)⁴².

Carne humana y hostia de salvación encierran un mismo contenido en la pluma del Obispo de Rupe. Con ello está evidenciando que Cristo es nuestra víctima precisamente porque posee nuestra naturaleza humana. Y si bien es cierto que los escritos de que están tomados estos últimos textos parecen pertenecer a los últimos años de su vida, aseveraciones semejantes podemos descubrirlas igualmente en las primeras obras que salieron de su pluma. Y así en el libro al Rey Trasamundo, uniendo en una misma frase los conceptos de sacerdote y sacrificio, enseña que ambos corresponden a Cristo por razón de su naturaleza humana:

Et sacerdos tamen, et hostia, humanae naturae tam officia cognoscuntur esse quam nomina⁴³.

Algunas veces, para hacer más gráfica la expresión, se refiere más en concreto a su cuerpo humano, diciendo al efecto que Cristo lo hizo sacrificio:

Nam ipse Salvator... unum idemque corpus suum... verum etiam sacrificium fecit... pro nobis corpus suum... hostiam obtulit⁴⁴.

⁴² *Epistola XIV, Q. IV^a, 37*: CCSL 91, 430, 1542 s.=PL 65, 426.

⁴³ *Ad Trasamundum III, XXX*: CCSL 91, 175, 1171 s.=PL 65, 294.

⁴⁴ *Contra Fabianum. Fragmentum XXXIV*: CCSL 91 A, 840/841, 170. 181=PL 65, 811.

No es necesario esforzarse para sacar una conclusión, que se evidencia a todas luces: Cristo en tanto pudo ser ofrecido como víctima, en cuanto que tuvo una naturaleza humana como la nuestra, en cuanto que fue hombre. Cristo fue la víctima del sacrificio de la Cruz precisamente en cuanto hombre.

6. LA REALIDAD DEL SACRIFICIO DE CRISTO SE CONFIRMA POR EL SACRIFICIO DE LA IGLESIA

Los sacrificios del A. Testamento y el sacrificio del N. Testamento tienen ciertamente un punto claro de contacto, de convergencia: la divinidad a quien ambos se ofrecen, como nos dirá S. Fulgencio⁴⁵. Y cuando habla del sacrificio del N. Testamento, se refiere al sacrificio eucarístico del pan y del vino, del que afirma, por lo tanto, que se ofrece, como los viejotestamentarios, a toda la Sma. Trinidad, aunque se dirija expresamente al Hijo⁴⁶.

Pero lo más acusado entre los sacrificios del A. y el del N. Testamento es precisamente su divergencia, que proviene de su diversa relación con el sacrificio de Cristo en la Cruz.

a) Los primeros significaban la carne de Cristo, que había de ofrecerse; el segundo da gracias y conmemora la realidad de la carne inmolada y de la sangre vertida —“*gratiarum actio atque commemoratio est carnis Christi... et sanguinis quem pro nobis idem Deus effudit*”⁴⁷—.

b) En los sacrificios de la antigua Alianza se prefiguraba lo que habíamos de recibir; en el de la Alianza nueva se manifiesta lo que ya hemos recibido: “*quid pro nobis iam datum sit, evidenter ostenditur*”⁴⁸.

c) Como hemos insinuado ya en un principio, los sacrificios viejotestamentarios eran prenuncios y prefiguraciones del sacrificio de Cristo; en el sacrificio nuevotestamentario se contiene el

⁴⁵ *Ad Monimum* II, IV: CCSL 91, 37, 168=PL 65, 182. Véase: *Contra Fabianum*. Fragmentum XXXIV: CCSL 91 A, 836, 3 s.=PL 65, 808.

⁴⁶ *De Fide ad Petrum* 62 (XIX): CCSL 91 A, 750, 1150 s.=PL 65, 699. Véase: *Ad Monimum* II, IV: CCSL 91, 37, 172=PL 65, 182/183. *Ibidem*, II, V: CCSL 91, 39, 225=PL 65, 184.

⁴⁷ *De Fide ad Petrum* 62 (XIX): CCSL 91 A, 750, 1156 s.=PL 65, 699. Cf. *supra*, p. 468, nota 30.

⁴⁸ *De Fide ad Petrum* 62 (XIX): CCSL 91 A, 750, 1165 s.=PL 65, 699. Véase: *Epistola XIV*, Q. V^a, 44: CCSL 91, 439, 1821=PL 65, 432; *ibidem*: CCSL 91, 440, 1853 s.=PL 65, 432.

anuncio de una muerte ya realizada: "in hoc autem (sacrificio) pro impiis anuntiatur occisus (Filius Dei)"⁴⁹.

Ambos sacrificios, los del A. Testamento y el sacrificio eucarístico del N. Testamento, confluyen en el sacrificio de la Cruz. Y esta convergencia en el sacrificio del Calvario, si bien con matices tan diversos, pone de relieve, sin ningún lugar a duda, la realidad del sacrificio de la muerte de nuestro divino Redentor, que se prolonga a través de los tiempos en esa "conmemoración" que entraña el sacrificio del pan y del vino, que por doquier ofrece la Iglesia "in fide et caritate". Es manifiesto, pues, que S. Fulgencio, al poner ante nuestros ojos el sacrificio del pan y del vino, está confirmando, de una manera clara y manifiesta, la realidad del sacrificio que un día ofreciera Cristo en la Cruz para la salvación del mundo.

7. LA ACCIÓN SACRIFICIAL EN LA MUERTE DE CRISTO

Cristo, como Sacerdote, se ofreció a sí mismo. Cristo, como víctima, fue ofrecido por sí mismo. La acción sacrificial es una oblación que Cristo hizo de sí mismo al Padre, a la Trinidad. San Fulgencio se vale preferentemente del verbo "offerre" para significar esta acción sacrificial de Cristo: "offerens", "obtulit". Expresa también la realidad del sacrificio poniendo de relieve la efusión de la sangre: "effudit", y diciendo que Cristo "fue hecho sacrificio".

No obstante, aunque con menos frecuencia, describe la acción sacrificial valiéndose del verbo "immolari". Y así en el sermón críticamente dudoso *In Circuncisione Domini* encontramos dos veces la palabra "immolari" ("immolari", una vez, e "immolare", otra)⁵⁰. Y que el término no es ajeno a la mente de S. Fulgencio se puede evidenciar con el texto de la *Carta XIV*, en que se dice:

Comedit pascha Iudaeorum quo promissus est Christus, ut veniret ad pascha nostrum quo immolatus est Christus⁵¹.

⁴⁹ *De Fide ad Petrum* 62 (XIX): CCSL 91 A, 751, 1168 s.=PL 65, 699.

⁵⁰ *Sermo Dubius II. In Circuncisione Domini* 3.4: CCSL 91 A, 954, 40 y 955, 83=PL 65, 835 y 836. Nota: MIGNE supone la autenticidad de este sermón; de ella duda, en cambio, D. DEKKERS, *Clavis Patrum Latinorum* III (Bruges 1961) n. 841; como dudoso lo tiene J. FRAIPONT, *Corpus Christianorum* 91 A, 952.

⁵¹ *Epistola XIV, Q. V^a, 42*: CCSL 91, 438, 1783 s.=PL 65, 431.

Luego el sacrificio es una inmolación. Cristo, como Sacerdote —lo hemos visto infinidad de veces—, ofreció —“*obtulit*”—. Pero ¿inmoló también Cristo? Del citado pasaje de la *Epístola XIV* nada podemos deducir, ya que el verbo está en pasiva: “*immolatus est*”. Si bien, supuesta la actuación sacerdotal de Cristo, podemos concluir que es El mismo quien se inmola. Pero en el aludido sermón *In Circuncisiones Domini* se expresa con más claridad:

seipsum pro nostris peccatis secundum carnem dignatus est immolare⁵².

Es cierto que la versión que nos ofrece Migne dice “*immolari*”. No obstante, esta forma gramatical pasiva parece tener significación activa, ya que nos encontramos con el acusativo “*seipsum*”. Cristo, pues, se ofrece y se inmola a sí mismo en la Cruz.

Forzoso será, sin embargo, confesar que es mucho más frecuente el uso del verbo “*offerre*” que el de “*immolare*” al hablar del sacrificio de Cristo. Y decimos al hablar del sacrificio de Cristo porque, tratándose de sacrificios del A. Testamento, encontramos con más frecuencia la palabra *inmolación*⁵³, e incluso hablando de nuestro sacrificio eucarístico⁵⁴.

¿Advirtió S. Fulgencio alguna diferencia entre el verbo “*offerre*” e “*immolare*”, entre oblación e inmolación, al hablar del sacrificio de la muerte de Cristo? Creemos que no. No es probable, pues, que haya que achacar el uso más frecuente de “*offerre*” y *oblación* a esta diferencia de matices y precisiones teológicas, ajenas, según estimamos, a la mente del Obispo de Ruspe. Le interesaba dejar clara constancia de la realidad del sacrificio

⁵² *Sermo Dubius II. In Circuncisione Domini* 4: CCSL 91 A, 955, 82 s.=PL 65, 836.

⁵³ S. Fulgencio, hablando de los Patriarcas del A. Testamento, dice: “*quod immolabatur a sanctis (Patriarcas), simul Filio immolaretur et Patri*” (*Ad Monimum II, IV*: CCSL 91, 37, 175=PL 65, 182/183. Véase: *Ibidem*, II, III: CCSL 91, 35, 72=PL 65, 180; *Contra Fabianum. Fragmentum XXXIV*: CCSL 91 A, 837, 55=PL 65, 809. La palabra *inmolación* también es frecuente en sus escritos, cuando se refiere al A. Testamento. Véase: *Ad Monimum II, III*: CCSL 91, 35, 73 y 100=PL 65, 180 y 181; *Contra Fabianum. Fragment. XXXIV*: CCSL 91 A, 839, 102=PL 65, 810. En este mismo Fragmento afirma que en el templo hay dos ministerios, sobre todo, “*orationis atque immolationis*” (CCSL 91 A, 841, 193=PL 65, 812). También afirma que el culto de latría consta “*maxime in sacrificiorum immolatione*” (*Contra Fabianum. Fragmentum XII*: CCSL 91 A, 782, 50=PL 65, 765).

⁵⁴ *Contra Fabianum. Fragmentum XXXIV*: CCSL 91 A, 836, 7=PL 65, 808; *Ibidem*: CCSL 91 A, 841, 192=PL 65, 812.

ofrecido por Cristo en la hora de su muerte, prescindiendo de toda otra matización doctrinal.

8. VALOR SALVÍFICO DEL SACRIFICIO DE CRISTO

Es evidente, a la luz de todo lo expuesto, que el sacrificio ofrecido por Cristo en la Cruz tiene un extraordinario valor en orden a la redención del género humano. Por eso será provechoso detenerse unos instantes, algo así como para resumir todo lo dicho y, al mismo tiempo, acusar con mayor precisión este matiz, el más consolador para nosotros, del sacrificio de un Dios hecho hombre. Con ello destacaremos, igualmente, las más acusadas propiedades de este sacrificio redentor.

1) Lo primero que se evidencia, con la simple lectura de las palabras del Ruspense, es que ese sacrificio es sumamente provechoso para la humanidad. Siempre que afirma que Cristo se ofreció, se inmoló, añadirá seguidamente, con insistencia casi machacona, que lo hizo "pro nobis", por nosotros, en provecho de los hombres. Aducir textos equivaldría a citar nuevamente todos o casi todos cuantos quedan transcritos. Limitémonos simplemente a recordar que algunas veces afirma que Cristo se inmoló por los impíos: "pro impiis"⁵⁵.

2) Precizando un poco más su pensamiento en este particular, dirá que el sacrificio de la Cruz tiene una relación estrecha con el perdón de los pecados. En efecto, Cristo se ofreció "pro peccatis nostris"⁵⁶ y, más concretamente, para conseguir el perdón de los pecados: "in remissionem peccatorum nostrorum"⁵⁷. Con esto ya se apunta claramente el aspecto redentor del sacrificio de la Cruz, entendiendo la palabra redención en un sentido amplio, comprensivo de las múltiples facetas de la obra de la salvación.

3) Aborda con mayor detalle el tema cuando afirma que el efecto del sacrificio de Cristo es la reconciliación con Dios, hasta el punto de afirmar que Cristo es el mismo sacrificio que nos reconcilia:

⁵⁵ *De Fide ad Petrum* 62 (XIX): CCSL 91 A, 751, 1168=PL 65, 699.

⁵⁶ *De Fide ad Petrum* 62 (XIX): CCSL 91 A, 750, 1156 s.=PL 65, 699.

⁵⁷ *De Fide ad Petrum* 62 (XIX): CCSL 91 A, 750, 1159=PL 65, 699.

Christus sacrificium quo reconciliati⁵⁸.

El sacrificio es el medio de que Cristo se sirvió para realizar la reconciliación del género humano. La afirmación del Obispo de Ruspe es terminante. No obstante, quizá sus palabras alcancen una mayor precisión cuando en el tratado *De Incarnatione* escribe:

Talis autem erat iste Pontifex ut ad reconciliationem humani generis semetipsum pro nobis offerret *oblationem et hostiam Deo in odorem suavitatis* (Eph 5,2)⁵⁹.

El sacrificio, pues, dentro del plan general de la redención, tiene un aspecto particular y concreto: el de la reconciliación. Pero ¿en qué consiste esta reconciliación? Nos lo explica también San Fulgencio: en hacer las paces “inter Deum irascentem hominem-que peccantem”, en “volver propicio a Dios hacia el hombre... y restaurar la amistad del hombre con Dios”⁶⁰. Esa reconciliación exige del hombre el eliminar todo pecado⁶¹. Esto supuesto, Dios mira al hombre con ojos no de ira, sino de complacencia y amistad. Ahora se explica por qué S. Fulgencio repite con tanta insistencia las palabras de S. Pablo, “in odorem suavitatis” (Eph 5,2). El sacrificio de reconciliación aleja la ira de Dios y hace, por lo tanto, gratos los hombres a Dios. Por eso este sacrificio tiene como propiedad esencial la de ser grato, gratísimo a Dios. Es el “sacrificium mundum”⁶² y el “gratissimum munus”⁶³ ofrecido por Cristo al Padre en nombre de todos los hombres. Hablando de una manera antropomórfica, bien se puede decir que el sacrificio de Cristo tiene para con Dios un “fragante y suave olor”, semejante al que encierra el incienso para los hombres.

4) El sacrificio del Calvario entraña un marcado valor redentor, entendiendo la palabra redención en un sentido más pre-

⁵⁸ *De Fide ad Petrum* 22 (II): CCSL 91 A, 726, 461 s.=PL 65, 682.

⁵⁹ *De Incarnatione* 14: CCSL 91, 324, 383 s.=PL 65, 581. Véase: *Epistola XVII*, 6 (III): CCSL 91 A, 568, 184 s.=PL 65, 455.

⁶⁰ *Ad Trasamundum* I, XV: CCSL 91, 112/113, 624 s.=PL 65, 238.

⁶¹ *Responsiones Fulgentii. Contra Arianos*: CCSL 91, 77, 265=PL 65, 211.

⁶² *Contra Fabianum. Fragmentum VI*: CCSL 91 A, 775, 21=PL 65, 759.

⁶³ *De Fide Ad Petrum* 22 (II): CCSL 91 A, 726, 441=PL 65, 682.

ciso de rescate y liberación. Lo afirma terminantemente S. Fulgencio cuando se expresa de esta forma:

quod (corpus suum) obtulit, ut redimeret nos⁶⁴.

El verbo "obtulit" reviste un claro matiz sacrificial, como se evidencia por todo el contexto. El sacrificio de Cristo, pues, tiene un valor redentor. Y que el verbo "redimere" encierra un sentido de redención en sentido estricto puede patentizarse a través de la doctrina de nuestro Obispo sobre la redención⁶⁵. Pero podemos hacer, brevemente, unas sencillas consideraciones que pondrán de manifiesto, siquiera indirectamente, el aspecto a que nos referimos. El sacrificio de Cristo, como dejamos dicho, se verificó plenamente en el momento de su muerte en el Calvario. La muerte de Jesús revistió todas las condiciones de un auténtico sacrificio. Por lo tanto, podemos aplicar al sacrificio de Cristo todos aquellos frutos de redención que S. Fulgencio atribuye a su muerte. Pero esto nos llevaría demasiado lejos. Veamos, pues, de ceñirnos a un aspecto de su muerte: el derramamiento de sangre.

San Fulgencio afirma claramente que Cristo ofreció el sacrificio derramando, al efecto, toda su sangre por nosotros —"sanguinem effudit"—. La sangre de Cristo tiene, pues, un marcado sabor sacrificial en la pluma del Ruspense. Pero, por otra parte, él pone de relieve con toda claridad el valor de la sangre de Cristo en muchas ocasiones, como, por ejemplo, cuando escribe:

Christus nos redemit in sanguine suo... cuius sanguine redempti sumus⁶⁶.

Pero para S. Fulgencio la sangre de Cristo tiene un marcado matiz de precio entregado, de rescate realizado, de liberación obtenida. Se puede traslucir en las frases transcritas; pero se evidencia, de una forma especial, en el Salmo Abecedario⁶⁷, en el que podemos leer:

⁶⁴ *Ad Monimum* II, VI: CCSL 91, 39, 248=PL 65, 184.

⁶⁵ Cf. E. CAL PARDO, *El motivo de la Encarnación, según S. Fulgencio de Ruspe*: Revista Española de Teología, XXX (1970) p. 274 s., y *Cristo y el demonio en la obra de la Redención, a la luz de los escritos de S. Fulgencio de Ruspe*: Compostellanum XV (1970), p. 357 s.

⁶⁶ *Epistola XIX*, 3: CCSL 91 A, 628, 40. Véase: *Epistola XVII*, 51 (XXVI): CCSL 91 A, 604, 1450 s.=PL 65, 484; *De Trinitate I*: CCSL 91 A, 634, 41 s.=PL 65, 497/498.

⁶⁷ C. LAMBOT, *Un Psaume ebédédairé inédit de S. Fulgence de Ruspe*

| | | |
|----------------------------|---|--|
| qui vendit animam suam | — | inlectus cupiditate |
| quam Christus sanguine suo | — | cognoscitur comparare |
| ipsum ergo Christum vendit | — | a quo redemptus est ante ⁶⁸ . |

Adviértase el paralelismo entre “comparare” y “redimere”. Redimir equivale a comprar. La sangre de Cristo es el precio de la compra-venta. La sangre de Cristo, el sacrificio, por lo tanto, ofrecido por Cristo, es el precio de nuestra redención. Por eso, con su sacrificio, Cristo venció al demonio, que nos tenía esclavizados⁶⁹.

ipso suo sanguine diabolus vicit⁷⁰.

De todo lo expuesto se concluye que el sacrificio de Cristo, que se caracteriza por el deramamiento de sangre, tiene un marcado valor redentor, en el sentido estricto de esta palabra.

5) Los frutos del sacrificio de Cristo hasta aquí expuesto parecen tener un carácter primordialmente negativo. No obstante, S. Fulgencio, siquiera sea incidentalmente, atribuye al sacrificio de la Cruz frutos de índole marcadamente positiva: se nos da por él la justicia de Dios. Cuando afirma, como hemos visto⁷¹, que “ser hecho pecado” significa “ser hecho sacrificio por los pecados”, afirma claramente que “se hizo sacrificio” “*ut nos essemus iustitia Dei in ipso*” (2 Cor 5,21). Es cierto que las palabras son de S. Pablo. Pero S. Fulgencio las hace propias, prefiriendo expresar su pensamiento, como hace con suma frecuencia, con palabras del Apóstol, que valerse de su propio lenguaje. No podemos dudar un instante de la mente del Obispo de Ruspe sobre el particular. Lo que sí tenemos que confesar es que S. Ful-

contre les Vandales ariens: Revue Benedictine 48 (1936) p. 221-234. Según este autor, este Salmo Abecedario, inédito hasta el indicado año, se debe a la pluma de S. Fulgencio. Está basado en el célebre Salmo Abecedario de S. Agustín, en cuanto a su forma externa, aunque el contenido interno de ambos sea diferente. Lo escribió, probablemente, nuestro Obispo en el tiempo que pasó en Cartago con ocasión de la justa teológica sostenida con el Rey Trasamondo, entre los años de 515-519. El hecho de ir destinado al pueblo de Cartago pudiera explicar la pobreza de estilo y la diferencia existente entre éste y el de otros escritos del Santo.

⁶⁸ *Abecedarium*: CCSL 91 A, 884, 257 s.=Rev. Benedictine 48 (1936) p. 232.

⁶⁹ Véase nuestro citado artículo: *Cristo y el demonio en la obra de la Redención...*: Compostellanum XV (1970) p. 355-385.

⁷⁰ *Sermo VI. De Epiphania Domini*, 5: CCSL 91 A, 928, 109: A. MAS, o. c., p. 499.

⁷¹ Cf. supra, p. 463, nota 16.

gencio se abstuvo de todo comentario en torno a las palabras de S. Pablo. Es, pues, difícil conocer el pensamiento del Santo sobre el contenido de la palabra "justicia de Dios". Es, sin duda, un don positivo de Dios al hombre, que se sobrepone a la redención, reconciliación y perdón de los pecados. Es, ciertamente, el aspecto positivo de la redención llevada a cabo por el sacrificio de Cristo.

6) El sacrificio pretérito de Cristo tiene un efecto presente, siempre actual a través de los tiempos, cuya realidad se patentiza en el Cielo: reviste la virtud de una oración perenne ante el trono de Dios.

Illa igitur oblatio pura sancti et impolluti pontificis, ipsa pro nobis est exaudibilis oratio salvatoris ⁷².

El sacrificio de la Cruz tiene ahora en el Cielo —está hablando nuestro Obispo de la interpelación de Cristo en el Cielo— el valor de una verdadera oración, que es digna de ser atendida por Dios. Y ese valor dimana, tanto de la condición del Sacerdote como de la categoría de la víctima; tanto del elemento sacerdotal como del sacrificial:

Nam revera Christus, qui est in dextera Dei, interpellat quidem pro nobis, sed secundum quod dignatus est Sacerdos esse et obtulit semetipsum pro nobis ⁷³.

Pero ese doble elemento, sacerdotal y sacrificial, parece como fundirse en uno solo, que ostenta un marcado matiz de sacrificio. San Fulgencio, en efecto, sintetiza su pensamiento con una frase concisa y sumamente expresiva:

Inde igitur oratio unde oblatio ⁷⁴.

El valor, pues, de la oración de Cristo en el Cielo dimana, en definitiva, de su oblación, del sacrificio ofrecido en la tierra. El sacrificio de la Cruz se proyecta, en forma de oración del Cristo celeste, a través de todos los tiempos, hasta la consumación de los siglos, prolongando así perennemente su valor salvífico para los hombres.

⁷² *Contra Fabianum*. Fragmentum VI: CCSL 91 A, 775, 23=PL 65, 759.

⁷³ *Contra Fabianum*. Fragmentum XXX: CCSL 91 A, 825, 43 s.= PL 65, 799.

⁷⁴ *Contra Fabianum*. Fragmentum XXX: CCSL 91 A, 825, 47 s.= PL 65, 799.

9. EL SACRIFICIO DE CRISTO EN LA CENA

Acabamos de ver que Jesús se ofreció a sí mismo como víctima al eterno Padre y que este sacrificio se realizó plenamente en la Cruz. Pero podríamos preguntarnos si el sacrificio de la Cruz fue el único sacrificio ofrecido por Cristo o si, por el contrario, ofreció algún otro durante la vida, por ejemplo, en la Cena, con el que pudiera, de alguna forma, anticipar el de la Cruz. Creemos sinceramente que S. Fulgencio no se enfrenta, de una forma clara y terminante, con este problema. Lo que sí parece es que tenemos algún fundamento para sospechar, al menos, de la existencia de un sacrificio ofrecido por Jesús en la Cena.

No se le presentó claramente al Obispo de Ruspe la ocasión de tratar este tema. No obstante, su discípulo Ferrando le propuso una cuestión, a la que él dio respuesta en la *Carta XIV*, que le brindó cierta oportunidad para aludir, siquiera de pasada, a este problema. La cuestión V^a que en su carta le formula su discípulo se refiere a los dos cálices que, según S. Lucas (22,17.20), dio Cristo a beber a sus discípulos en la noche de la cena paschal: "¿Acaso un mismo cáliz fue dado dos veces, o primero uno y más tarde otro?"⁷⁵.

San Fulgencio contesta con bastante amplitud al tema propuesto. Empieza haciéndose eco de las diversas opiniones que, sobre el particular, solían aducirse: a) no se trata de dos cálices, sino de uno solo, al que S. Lucas se refiere ya antes de la consagración, por una anticipación literaria. b) Se trata de un solo cáliz, que se ofrece a los discípulos: primero, para ser dividido; después, para ser bebido. c) Se trata de dos cálices: el primero prefiguraría la muerte de Cristo; el segundo, la de los apóstoles. d) Se trata de una prescripción legal: el que no celebra la Pascua en el primer día, deberá celebrarla el segundo, con la comida, no de un cordero, sino de un cabrito⁷⁶.

Ahora va a darnos el Obispo de Ruspe su propia interpretación. Empieza por afirmar que, en su opinión, aquí se oculta un misterio, ya que en cada cáliz se significa un Testamento⁷⁷. El primer cáliz significará el Antiguo Testamento; el segundo, el Nuevo. Apoya su interpretación en las palabras de Cristo, que,

⁷⁵ *Epistola XIII*, 2: CCSL 91, 386, 42 s.=PL 65, 393.

⁷⁶ *Epistola XIV*, Q. V^a, 40: CCSL 91, 434, 1628 s.=PL 65, 428.

⁷⁷ *Ibidem*: CCSL 91, 434, 1641 s.=PL 65, 428.

en su manera de pensar, son tan claras, que no pueden dejar lugar a dudas. Cristo llamó en la Cena "Nuevo Testamento" al cáliz que dio a beber a sus discípulos. En confirmación de su aserto transcribe, íntegramente, los textos de los Evangelistas, S. Mateo (26,26-28), S. Marcos (14,22-24) y S. Lucas (22,17-20), y el del Apóstol en su primera Carta a los de Corinto (1 Cor 11,23-25). De todo esto concluye que, por lo menos en este lugar —admite que en otros lugares cáliz significa otras cosas, como la pasión, por ejemplo—, cáliz equivale a Testamento⁷⁸. Y dado que el cáliz que Cristo dio a sus apóstoles significa el Nuevo Testamento, síguese que el primer cáliz de que nos habla S. Lucas significa el Antiguo Testamento⁷⁹.

La conclusión le parece lógica a S. Fulgencio. No obstante, no quiere hacer demasiado hincapié y se contenta con un "non absque ratione", con lo que parece mitigar un poco la contundencia de su aserción. Y todavía parece querer matizarla más, al afirmar que en ese primer cáliz "se insinúa el A. Testamento"⁸⁰. No obstante, al final de la cuestión volverá sobre esta interpretación, como queriendo buscar una confirmación de su aserto en la autoridad indiscutible de S. Agustín, cuyas palabras transcribe⁸¹. Pero a nosotros no nos interesa demasiado si esta conclusión fulgenciana es más o menos lógica. Lo que nos interesa es lo que sobre el sacrificio de la Cena puede decir, a propósito de esta amplia disertación exegética. Nos hemos detenido, no obstante, en su consideración, porque sin ella no podríamos comprender el alcance de lo que ahora nos va a decir.

Supuesto que cada cáliz significa un Testamento, al dar los dos cálices a sus apóstoles, les entregó dos Testamentos:

Ipse igitur Dominus utrumque calicem dedit, qui utrumque testamentum suis fidelibus tribuit⁸².

De aquí saca S. Fulgencio una nueva consecuencia: si el primer cáliz significa el A. Testamento, Cristo comió la cena pascual de los judíos; y si el segundo significa el N. Testamento, El dio a sus discípulos el sacramento de su cuerpo y de su sangre, cuya institución era necesaria para la salud del mundo:

⁷⁸ *Ibidem*, 41: CCSL 91, 435, 1679 s.=PL 65, 429.

⁷⁹ *Ibidem*, 43: CCSL 91, 438, 1776 s.=PL 65, 431.

⁸⁰ *Ibidem*, 43: CCSL 91, 439, 1811 s.=PL 65, 431.

⁸¹ S. AUGUSTINUS, *Enarr. in Ps. LXXIV*, 12, 24/29: CCSL 39, 1033.

⁸² *Epistola XIV*, Q. V^a, 43: CCSL 91, 438, 1779 s.=PL 65, 431.

Propterea in eadem cena et Iudaicum pascha comedit, quod oportebat auferri, et sacramentum corporis sui et sanguinis dedit, quod ad salutem fidelium oportebat institui⁸³.

La primera parte de la aserción fulgenciana quiere dejar bien claro que la cena de Cristo, la última Cena, fue cena pascual de los judíos, aunque no entre en detalles exegéticos ni históricos sobre el particular. En la segunda parte se pone de manifiesto la institución del Sacramento de la Eucaristía. Prescindimos de si S. Fulgencio da a la palabra sacramento un sentido técnico o, más bien, un sentido amplio, equivalente a misterio, como hace otras muchas veces.

Como si la aserción anterior no fuese del todo clara, quiere volver sobre la idea de sacramento para matizar ciertos detalles. Mas este insistir en la idea de sacramento le hizo pasar a la idea de sacrificio:

Comedit pascha Iudaeorum, quo promissus est Christus, ut veniret ad pascha nostrum quo immolatus est Christus⁸⁴.

En el primer hemistiquio reafirma la realidad de la cena pascual y nos descubre su significado: promesa de Cristo, como hemos visto tantas veces. La segunda parte es la que más nos interesa. En ella tenemos claramente afirmada la realidad del sacrificio: "*immolatus est Christus*". Sobre esto no puede haber duda de ningún género. La palabra "immolari" —lo hemos visto hace unos instantes— lleva consigo la idea de sacrificio.

Pero ¿dónde se verifica este sacrificio? ¿En la Cena? ¿En la Cruz? 1) San Fulgencio está hablando de la cena. Luego lo natural es pensar que nuestra pascua se realiza en la cena, en donde, por lo tanto, se inmola Cristo, ofreciéndose como víctima. La Pascua entraña la idea de sacrificio. 2) Viene hablando de los dos cálices; en el primero se sintetiza la Pascua judía; luego en el segundo, la cristiana. Si con el primer cáliz celebró la Pascua judía, con el segundo celebró la nuestra, inmolándose a sí mismo. No se puede hablar, en sentido estricto y en el ambiente en que viene hablando S. Fulgencio, de cáliz en la muerte de Cristo. Luego la Pascua nuestra, la inmolación de Cristo de que habla S. Fulgencio, se realiza en la Cena. Ciertamente que no usó el verbo "comedit", de la primera parte, ni el "dedit" de la frase anterior, que podría ser más claro en un aspecto —no en el

⁸³ *Ibidem*: CCSL 91, 438, 1780 s.=PL 65, 431.

⁸⁴ *Ibidem*: CCSL 91, 438, 1783 s.=PL 65, 431.

otro—, y se vale del verbo “venire”, que puede engendrar alguna confusión, al ser menos preciso con relación al tiempo de realización del “immolari”. Pero tal vez esto no sea un obstáculo. “Veniret”, lógicamente, debe significar el tránsito de un cáliz al otro, tránsito de que se viene hablando en los párrafos anteriores. 3) Se dice que Cristo fue inmolado, en pretérito o presente. De tratarse de la inmolación de la Cruz, parece que debería poner el verbo en futuro, como en la frase siguiente: “antequam pro nobis voluntarie pateretur”. Aunque, ciertamente, tal vez pudiera explicarse la construcción del pretérito o presente por su dependencia de “veniret”, aun en el caso de tener significación de futuro.

De todo lo dicho, y considerando aisladamente la frase, parece que podemos concluir, tanto del texto como del contexto precedente, que S. Fulgencio quiere afirmar aquí, a pesar de ciertas dificultades, la realidad del sacrificio ofrecido por nuestro Redentor en la Cena, con el que anticiparía el sacrificio del Calvario.

Pero no debemos soslayar la dificultad que proviene de una frase que, poco después, escribirá nuestro Santo, separada de la anterior solamente por un texto de S. Lucas (22,13), y que parece desvirtuar lo que dejamos dicho. He aquí la frase a la que nos referimos:

Manducavit ergo pascha... antequam pro nobis voluntarie pateretur⁸⁵.

A primera vista, pudieran parecer idénticas ambas frases, la anterior y esta última. Y como quiera que en esta última se habla, en su segundo hemistiquio, del sacrificio de la muerte de Cristo en la Cruz, pudiera concluirse que también debe entenderse de este sacrificio del Calvario la segunda parte de la frase anterior. No obstante, a pesar de su aparente semejanza, no existe un perfecto paralelismo entre ambas frases. Helas aquí comparadas entre sí:

| | |
|---|---|
| Comedit pascha Iudaeorum quo promissus est Christus, ut veniret ad pascha nostrum quo immolatus est Christus. | Manducavit ergo pascha quo pasurus significabatur, antequam pro nobis voluntarie pateretur. |
|---|---|

El primer hemistiquio de ambas frases es, evidentemente, idéntico: en ambas se afirma la realidad de la pascua judía y su significación respecto de Cristo, si bien con alguna mayor pre-

⁸⁵ *Ibidem*: CCSL 91, 438, 1788 s.=PL 65, 431.

cisión en la segunda. En cuanto al segundo hemistiquio, en cambio, encontramos notables discrepancias gramaticales. No parece, pues, que la primera haya de interpretarse necesariamente a la luz de la segunda, como si ambas quisieran referirse exclusivamente a la pasión y muerte de Cristo. No parece, en realidad, que S. Fulgencio haya querido escribir la segunda para confirmar la primera. Terminada ésta y después de punto, el Santo empieza con un “denique”, que parece reclamar un cambio de tema. En efecto, transcribe las palabras de S. Lucas: *Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum antequam patiar* (Luc 22,15). Y S. Fulgencio calcó esta segunda frase en las palabras del Evangelista, como es notorio, para ofrecernos, a continuación, una interpretación, curiosa por cierto, de por qué Jesús mandó dividir el primer cáliz y no el segundo. Aborda, pues, S. Fulgencio un tema nuevo, encabezado con el “denique” de que hemos hablado. Y la semejanza de las dos frases que venimos comentando se funda, no en el afán de querer recalcar e interpretar la primera por la segunda, sino en el deseo de formular una nueva expresión, basada en las palabras de S. Lucas.

De esta forma, la primera frase: “ut veniret ad pascha nostrum quo immolatus est Christus”, debe ser interpretada a la luz de su contenido verbal y del contexto que le precede; no así del que le sigue. En definitiva, creemos que la frase no tiene la claridad que fuera de desear, como para poder formular una conclusión tajante, en torno a una doctrina que no se encuentra, que sepamos, en los restantes escritos de F. Fulgencio. No obstante, parece que en ella puede vislumbrarse, al menos, la realidad del sacrificio ofrecido por Cristo en la noche de la Cena.

* * *

Con lo que antecede creemos haber expuesto lo más característico del pensamiento fulgenciano sobre el sacrificio de Cristo en la Cruz. Y si bien es cierto que nos hemos visto obligados a prescindir de ciertos detalles de alguna importancia y de ciertos presupuestos —Sacerdocio de Cristo—, estimamos, no obstante, que nuestros lectores habrán podido formarse una idea de conjunto, lo suficientemente exacta, de la doctrina del “Augustinus abbreviatus” en torno a un tema de tanta actualidad.

ENRIQUE CAL PARDO
Doctor en Teología